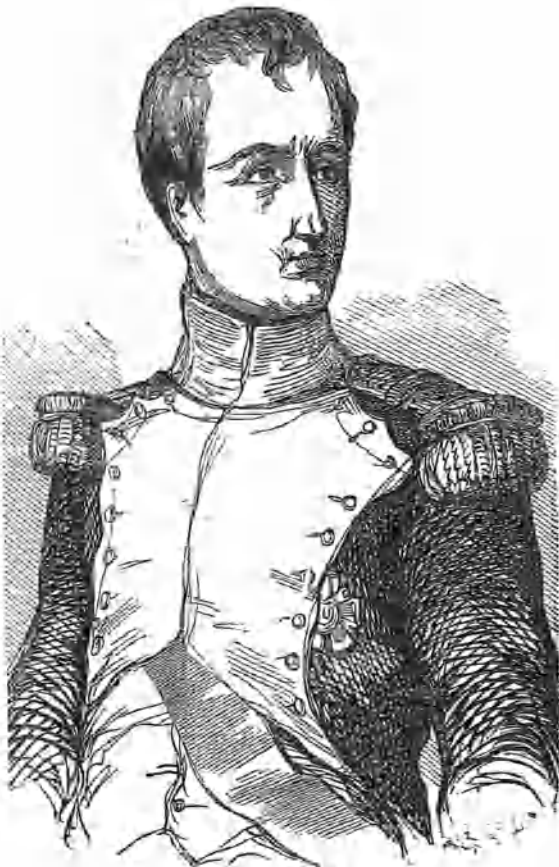




Castaños.



Palafox.



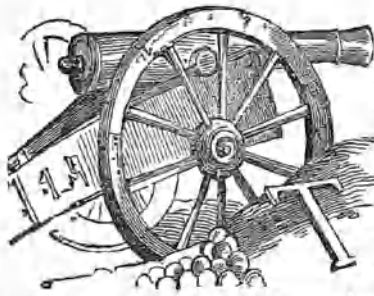
Napoleon.



Wellington.

30 DE ABRIL DE 1813.

EL DOS DE MAYO.



RISTE á la par que glorioso aniversario es el Dos de Mayo, del inolvidable día en que retumbando en Madrid el estampido del cañon, conmovió hondamente todo el ámbito de Es-

paña y dió al país la señal de un alzamiento general en defensa de su independencia. Cuarenta años hace que el pueblo solemniza la conmemoracion de tan heroica jornada, sin que el tiempo logre disminuir la respetuosa admiracion con que se recuerda aquel suceso que constituye una página sublime de la historia de España. Esta perpetuidad es la que distingue la memoria de los hechos verdaderamente grandes, de la de los triunfos ó derrotas que alcanzan alternativamente los partidos en sus luchas mezquinas y apasionadas.

Por eso que el 2 de Mayo es una fiesta nacional que preocupa todos los ánimos, hemos creído com-

placer á nuestros lectores dedicándola por completo este número, el mas próximo á la del presente año. Todos los grabados de él son de asuntos pertenecientes á la guerra comenzada en 1808, y al pié de estas líneas insertamos una vigorosa y enérgica composicion, que el célebre y malogrado Espronceda publicó en *El Labriego*: nuestros lectores comprenderán que adoptando esta inspiracion, enérgicamente dolorosa de uno de los ingenios españoles que mas han brillado en este siglo, no lo hacemos por el sentido en que esté escrita, ni nos proponemos invadir el campo de la política, sino cumplir con uno de los objetos del *SEMANARIO*, que, como galeria literaria, debe archivar en sus columnas las composiciones de todos géneros, que, consideradas en el terreno del arte, se hallen por su mérito á tan elevada altura, como la que hoy reproducimos dedicando al propio tiempo un recuerdo á la memoria del admirable cantor de *El Diablo mundo*, que, el mes de Mayo tambien de 1842, dejó de existir, perdiendo con él la Patria uno de sus mas esforzados y generosos hijos y la literatura española uno de los ingenios que mas debian contribuir á levantarla de su decadencia.

POESIA.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! cual las olas
Del hondo mar, alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas.
Su antigua prez, su independencia aclama.

Hombres, mugeres vuelan al combate;
Ni volcan de sus iras estalló:
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botin de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles
En cien campañas, veterana tropa,

Los que el rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus pies naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, á desigual batalla,
Madrid provoca en su encendida ira,
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella,
El rayo del mortífero cañon.

¡Oh de sangre y valor glorioso día!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia
Santo recuerdo de virtud quedaron!!

Entonces indignados, me decian,

Cayó el castro español pedazos hecho;
Por precio vil á estraños nos vendian,
Desde el de Carlos profanado hecho.

La corte del monarca disoluta,
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta,
Al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras,
Su orgullo solo, y su capricho ley,
Bordas, de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey,

Fijo en España el ojo centellante,
El Pirene á salvar pronto el bridon,
Al rey de reyes, al audaz gigante,
Ciegos ensalzan, siguen en monton.»

Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
O adular bajamente á la fortuna:

Buscar tras la estrangjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles, á la plebe inquieta,
Con baja lengua apellidar canalla.

¡Canalla, sí, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente,
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡Canalla, sí, los que en la lid alardé
Hicieron de sí infame villanía,

Disfrazando su espíritu cobarde,
Con la sana razón segura y fría!

Oh la canalla, la canalla en tanto,
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo,
Quebrantó las cadenas de la tierra:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogía,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos,
Levantando á su príncipe ofrecía.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañon, y el grito castellano,
De Independencia y Libertad responde.

¡Héroes de Mayo levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera:
Id y hartad vuestra sed en los torrentes,
De sangre de Bailen y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza, alta corona
Ceñid que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ay! ¿Por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y de alegría,
Y el alma atropellados alborotan,
Tantos recuerdos da honra y valentía;

Negra nube en el alma se levanta,
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazón quebranta,
Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh, levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aun arde en ella y con eterna vida,
La luz de la victoria!

¡Oh, levantadla del eterno sueño,
Y con los huesos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño,
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, desde el fuego arde,
Del castellano honor, aun sobre vida
Para alentar el corazón cobarde,
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura,
Sobre huesos de héroes cimentado,
Un rey ingrato de memoria impura,
Con eterno baldon dejó manchado.

¡Ay! Para herir la libertad sagrada,
El príncipe, borron de nuestra historia,

Llamó en su auxilio la francesa espada,
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron,
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron,
Y hollarla á los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa ruje
La losa al choque de los cráneos duros,
Tronó y se alzó con indignado empuje,
Del galo audaz bajo los pies impuros,

Y aun hoy hélos allí que su semblante,
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervencion! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;
De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor que en la memoria,
Solo nos queda hoy día.

Hoy esa raza, degradada, espúria,
Pobre nación, que esclavizarte anhela;
Busca también por renovar tu injuria,
De extranjeros monarcas la tutela.

Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar nuestra mancilla

Llorad como mugeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os causa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira,
El pueblo en torno avergonzado calle;
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto también, mi corazón estalle.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.



LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

España, que un tiempo llevó triunfantes sus pendones de una á otra parte de Europa, habia descendido á principios del siglo actual al último extremo de decadencia; regida por un poderoso favorito tan débil como lleno de mercedes, dominada por una corte viciosa que contribuía en mucho á la relajación de los vínculos sociales y á enervar las fuerzas del ánimo, nada habia que escitara el valor y el celo de sus hijos, para librarla de la próxima ruina que la amenazaba. Tal era su estado, cuando la fama publicaba por todos los ángulos de la tierra, las insignes proezas, los brillantes triunfos y vastas conquistas con que se iba engrandeciendo el genio atrevido y colosal, que nacido entre las rocas de una pequeña isla, osaba aspirar á la dominación del continente Europeo. Estrechéanse muchos tronos al estrepitoso ruido de sus armas, y á su impulso vacilaban las coronas de los reyes, pasado á ignominias de las sienes que las cenían á ocupar otras sienes á voluntad del conquistador. Sumisas las naciones débiles y en guardia las poderosas y fuertes recibían resignadas las primeras el yugo del vencedor y se presentaban en silencio las segundas á reunir y á aumentar sus esfuerzos para resistirle.

Imprevistos los que gobernaban á España en



Dus de Mayo.

de indignación el pueblo, se inflamó el noble coraje castellano y á pesar de la falta de armas, de la

aquella desventurada época, y poco celosos del honor nacional, se creían seguros y hasta favorecidos, aliándose al que ya se proclamaba Emperador de los franceses, y forjaba con astucia las cadenas con que pretendía amarrar aquel país al carro de sus triunfos.

Sus huestes inundaron la península, posesionándose de las mejores plazas y fortalezas, dando el pretexto de arrojarde los puertos lusitanos el poder de la Gran Bretaña, pero en realidad para preparar la ejecución de sus planes usurpadores, á los cuales ayudaban las rencillas y abyección de nuestra corte, que rogáales iremo de implorar la mediación del invasor para componer y

arreglar sus domésticas disensiones.

Veinte y cinco mil soldados llegaron en fin á Madrid, mientras á Fernando, monarca ya por la abdicación de su padre, se le hacia ir á Bayona, camino que no tardaron en seguir Carlos IV y María Luisa, señalándose igualmente para la partida de D. Antonio y de D. Francisco el memorable 2 de Mayo de 1808, cuando ya el pueblo de Madrid se hallaba sobreltado y receloso de los planes de Napoleón y de la conducta de su cuñado Murat, general de las tropas y principal agente de sus intrigas en la corte. Corrióse el velo que cubria la perfidia, y entre la engañosa oliva asomó su punta el puñal de la traición. Estrechése



Batalla de Bailén.

de indignación el pueblo, se inflamó el noble coraje castellano y á pesar de la falta de armas, de la

de indignación el pueblo, se inflamó el noble coraje castellano y á pesar de la falta de armas, de la

inutilidad de aquel gobierno, y de la timidez de las autoridades, consiguió empañar el brillo radiante de las armas aterradoras, despreciando el estrago de cien bocas de fuego vueltas cobardemente contra un pueblo inerme.

Al caer Daoiz y Velarde víctimas de la traición, tras pasados de mil heridas, exhaló de sus moribundos labios el grito de venganza é independencia:

estas a-
o en los,
pronun-
ciados al
pié del ca-
ñón, fue-
ron reer-
cidos co-
mo un ri-
co legado,
como el
don mas
precioso
que de-
jaba á su
patria dos
héros al
morir.

El león
de Espa-
ña des-
pertó de
su vergo-
nzo o so-
letargo al
ver lala-
dos los
campos,
destrui-
dos los
hogares,
incendia-

dos los pueblos. El grito de independencia lanzado el Dos de Mayo dió la señal para el alzamiento del pueblo hispano, uniformó la opinion de todas las provincias, aterró las águilas imperiales, cubrió de oprobio y confusión á los invasores entre otros puntos en Bailén, Gerona, Zaragoza la heroica, Talavera, Victoria y San Marcial, hasta obligar á huir del país á aquellas falanges aguerridas, cuyas victorias repetirán velozes los ecos, en las arenas floridas de Siria, á la falda del monte Tabor y al pié de las Pirámides.

El noble ejemplo dado en Madrid el 2 de Mayo habia hecho á España invencible á las desgracias, y el esfuerzo admirable de sus hijos la convirtió en el instrumento que arrojó al usurpador al peñón de Santa Elena y redimió á la Europa de la tiranía con

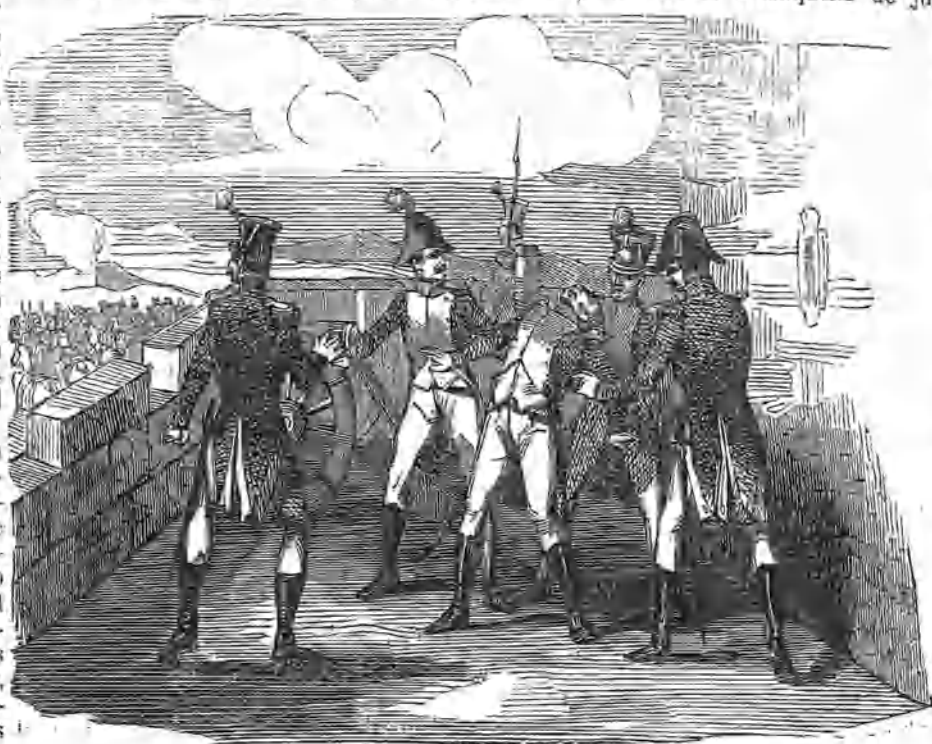
que la amenazaba: lejos de domar aquel gran genio la fiera castellana, no hizo mas que despertarla, produciendo el armamento general, é infundiendo en todos los españoles el deseo de recobrar su independencia. La sangre vertida en aquella lucha fecundó el germen de libertad que yacia inerte sepultado en los campos de Villalar, aquel alzamiento general inclinó á pensar en la reconquista de justos derechos, y

las Cortes de Cádiz, haciéndose oír sobre el estruendo de las batallas y el tumulto de la época, se apresuraron á proteger con leyes justas aquellas garantías que jamás deben desentenderse los pueblos que tengan en algo su dignidad y apetezcan su dicha.

Un rey ingrato destruyó la obra de aquella asamblea, pagando así los sacrificios que la nación hizo por él; y es fama que al verificar su entrada en Madrid en Mayo de 1814, ni por curiosidad fijó una mirada en el Campo de la Lealtad, en que habían sucumbido los primeros mártires de su causa. Diez y seis años reinó sin que añadiera una sola piedra al monumento consagrado á ellos. A la memoria de

las víctimas del 2 de Mayo, leallué fin concluido en 340, diez espues e su muerte.

La historia, inflexible apreciadora de los hechos, perpetuará á través de los siglos, el nombre de la nación vencedora de la colosal figura en que revivió el espíritu de los Alejandro y



Defensa de Gerona.



Defensa de Zaragoza.

los Césares, y retratará con odiosos colores al hombre que inmerecidamente fué despues llamado á re-

gir sus destinos, pagando con ingravitudes los sacrificios que había hecho para sentarle en el trono.

Hemos reproducido ligerísimamente una historia de todos conocida, pero que nunca se encontrará demasiado y que es tan notable por sus circunstancias como por la inmensidad de sus consecuencias. Grata tarea es recordar en estos tiempos las pasadas glorias de nuestro país, que mostró en la guerra de la independencia su moribunda dignidad y energía, haciendo el último esfuerzo, tal vez, para ofrecer un testimonio evidente, de que aun eran entonces los españoles dignos descendientes de aquellos bravos, generosos y emprendedores castellanos, que lucharon por tanto tiempo para librarse de la opresión y servidumbre de los sarracenos, y que descubrieron un nuevo mundo para que nunca faltase el sol de los dominios de España.

EL VERDUGO.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Las doce acababan de sonar en el reloj del castillo de Menda. Un joven oficial francés estaba apoyado contra la cerca de piedra que rodeaba el terraplen de los jardines, y parecía entregado á reflexiones mas serias y profundas que las que inspira generalmente la frívola alegría de la vida militar. Era una de aquellas hermosas noches en que el cielo se presenta sin nubes, como un vasto campo de plata; brillaban las estrellas en el firmamento, y los pálidos reflejos de la luna difundían una claridad misteriosa sobre la encantadora y risueña campiña, en que está situada la romántica ciudad de Menda. Desde las barbacoas del castillo construido por los moros sobre la cima de una roca, se divisaban las azuladas bondas del Océano Atlántico, que se perdían en el horizonte, y aquella fortaleza con-

vertida á la sazón en palacio de residencia, contri-

bua poderosamente á la pintoresca perspectiva que presentaba cuanto alcanzaba la vista.

La tranquilidad de esta escena hacia curioso contraste con el bullicioso contento que animaba el interior del castillo. Infinidad de arañas de cristal esparcían su luz brillante al través de las entreabiertas ventanas; y el ruido del baile, los armoniosos sonidos de la música y las animadas voces de una concurrencia numerosa y escogida, se mezclaban al murmullo de las pacíficas olas que lentamente besaban la playa. La frescura de la noche que había remplazado al insufrible calor del día, y los deliciosos perfumes que exhalaban las flores y los arbustos, habían convidado al joven militar con sus encantos, que no tardó en abandonar los seductores placeres del interior del castillo por el reposo que aquel ambiente, nuevo para él, ofrecía á las fatigas de sus ejercicios militares.

El castillo de Menda pertenecía á un grande de España de primera clase. Titulábase marqués de Leganes, y vivía en él con toda su familia, compuesta de su esposa, de tres hijos y dos hijas. La mayor de estas era una belleza perfecta, y el oficial francés no había podido verla sin amarla con una pasión verdadera, violenta, frenética, que destruía su reposo, y le hacía alimentarse de quiméricas esperanzas. No fué ella insensible al efecto que sus gracias hicieron en el corazón del militar; cada vez que este la hablaba se tenía su hechicero rostro de un vivo encarnado, mas cuando ella le respondía, había en el sonido de su voz, en la vaguedad de sus miradas, tan extraña mezcla de melancolía, de pesadumbre y de compasión, que tal vez esto le indujo á retirarse de los salones para entregarse con libertad á sus amorosas cavilaciones.

Aunque la familia del marqués se componía de cinco hijos, sus inmen-



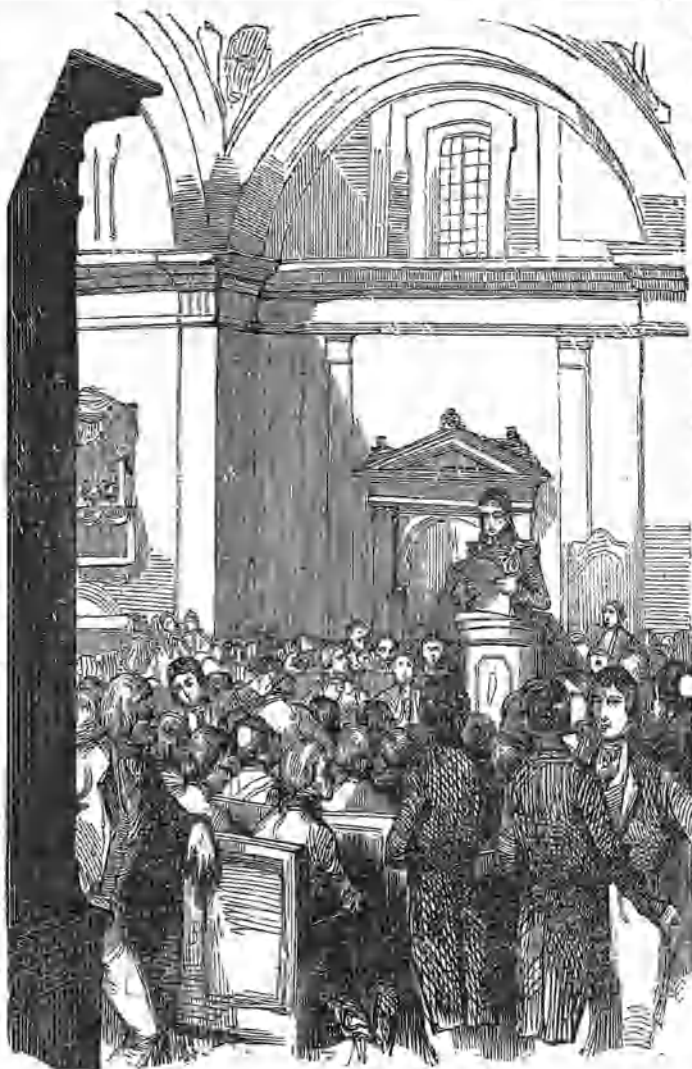
Choque entre los soldados de Napoleon y el pueblo.



José Bonaparte.

sas riquezas y brillantes títulos hacían presumir que Clara fuese opulentamente dotada, cuando llegase el caso de elegirle un esposo; ¿podía pues Víctor Marchand, hijo de padres pobres, aunque nobles de París, pretender en ningún caso enlazarse con una de las más ilustres y orgullosas familias de España?

Los franceses eran aborrecidos en toda la península, y el general G., comandante en jefe de la provincia, tenía poderosas razones para sospechar que el marqués de Leganés era el alma de una conspiración, cuyo objeto se dirigía á escitar un levantamiento en favor de Fernando VII. En consecuencia había dispuesto que un fuerte destacamento á las órdenes de Victor se estacionase de guarnición en Mérida, á fin de contener cualquiera tentativa de insurrección imponiendo con la fuerza de las bayonetas un temeroso respeto entre los habitantes de la ciudad, y los de las cercanías, que eran enteramente adictos á la voluntad del marqués, además de estar sometidos á su grande influencia. Habíase descubierto que este magnate entretenía una activa correspondencia con el gabinete de Londres, y el mariscal Ney no se descuidó en informar al general que los ingleses intentarían probablemente muy pronto un desembarco en aquellas costas, dándole al propio tiempo instrucciones rigurosas contra los pueblos de la provincia de... instrucciones que el comandante general estaba dispuesto á seguir, pues se hermanaban perfectamente con la dureza de su carácter. Transmítolas á Victor con respeto á Mérida; y este, á pesar de la buena acogida que tanto él como el destacamento que man-



Las Cortes de Cádiz.



Fernando VII.

daba recibieron del marqués, no se descuidó un instante en tomar todas las medidas de seguridad que la prudencia y el estado de las cosas exigía. Al mismo tiempo que se poseaba de cuando en cuando, fatigado de la inacción en que le habían sumergido sus amorosas ideas, dirigía indagatorias miradas á la ciudad, cuya situación en una emergencia le permitía recorrerla toda, y se esforzaba en conciliar interiormente la conducta franca y amigable del marqués, la profunda tranquilidad de aquellos habitantes, con las dudas y recelos que le había manifestado el general G. No tardó mucho tiempo en conocer que aquellos recelos eran fundados.

La ciudad que hacia algunas horas estaba entregada á la oscuridad y al silencio, parecía animada por un movimiento extraordinario; velábase numerosas luces pasar de un barrio á otro; y se oía un confuso murmullo de voces humanas, donde pocos instantes antes solo reinaba la mas completa tranquilidad. Aunque aquel día se celebraba la fiesta del apóstol Santiago, Victor había dado órdenes estrictas de que en todas partes menos en el castillo, se apagasen las luces á la hora designada por los reglamentos militares. Inquietáronle pues aquellas alarmantes señales y mas cuando al través de las tinieblas vió brillar distintamente los cañones de los fusiles y las hojas de las bayonetas en los diferentes puestos de los centinelas franceses. A poco rato, un silencio solemnísimo, precursor de otros males sucedió al primer murmullo, aunque las luces seguían brillando á lo lejos. ¿De qué podía nacer

una inacción tan clara á las órdenes que había

dado? se preguntó á sí mismo el joven oficial. Y en seguida, desentusado por curiosidad y por obligación de sondear aquel misterio, se preparaba ya á saltar la cerca del jardín con el objeto de bajar por una senda pendiente, pero cortá, hasta el cuerpo de guardia de la puerta principal de la ciudad, cuando le pareció oír casi á su lado un débil ruido semejante

al que hace el paso de una mujer cuando pisa la alfombra de un prado. Miró á todas partes con inquietud, pero no descubrió forma humana; pero cuál fué su asombro al divisar en medio de las arboledas una escuadra que se dirigía hácia la costa! Al mismo

tiempo oyó una ronca voz, que salía por una de las muchas aberturas que tenía la cerca; abrió Victor los ojos y reconoció al ordenanza que había dejado en el castillo.

—¿Es vd. mi comandante?

—Sí, el mismo. ¿Qué hay?

—Esos miserables bullen y se revuelven allí abajo como un montón de gusanos. He estado á la descu-

bierta y vengo á dar el parte de lo que ocurre.

—Habla.

—Primamente he visto esta noche salir del castillo un hombre que llevaba una linterna: le he seguido por parecerme sospechoso, sin perderle de vista hasta aquella plaza que desde aquí se distingue. Al punto que llegó á ella, se detuvo y acercándose después á una gran pila de leña...

En este instante se oyó un grito general resonar por toda la ciudad; un resplandor brillante producido por una inmensa hoguera deslumbró á Victor; se oyó un tiro de fusil, y el ordenanza herido en la cabeza por la bala, cayó inerte á sus pies.

El ruido del baile del castillo había cesado, el mortal silencio que reinaba fué interrumpido

por mil horrosas impresiones, por mil gritos de dolor, como los que se oyen en un campobatala, y estallido de cañon, mezclándose al tumulto de aquella terrible noche completa un caudro de desolacion y de horrores.

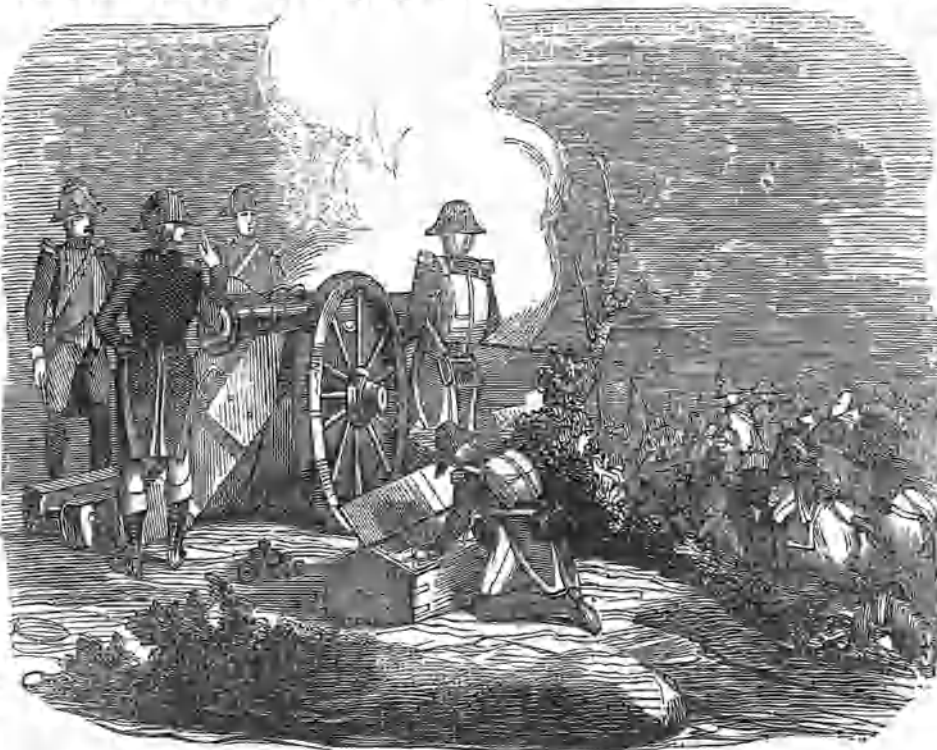
Un sudor frio corría

por la frente del joven militar. Estaba solo, sin defensores, sin amigos, y á merced de los primeros contrarios que se presentasen. Sus soldados habían perecido, y él se encontraba deshonrado, próximo á comparecer ante un consejo de guerra y á pagar tal vez con la vida las consecuencias de aquella sorpresa, pues que vacian abiertos los únicos que podían atestiguar su inocencia, declarando las pruden-

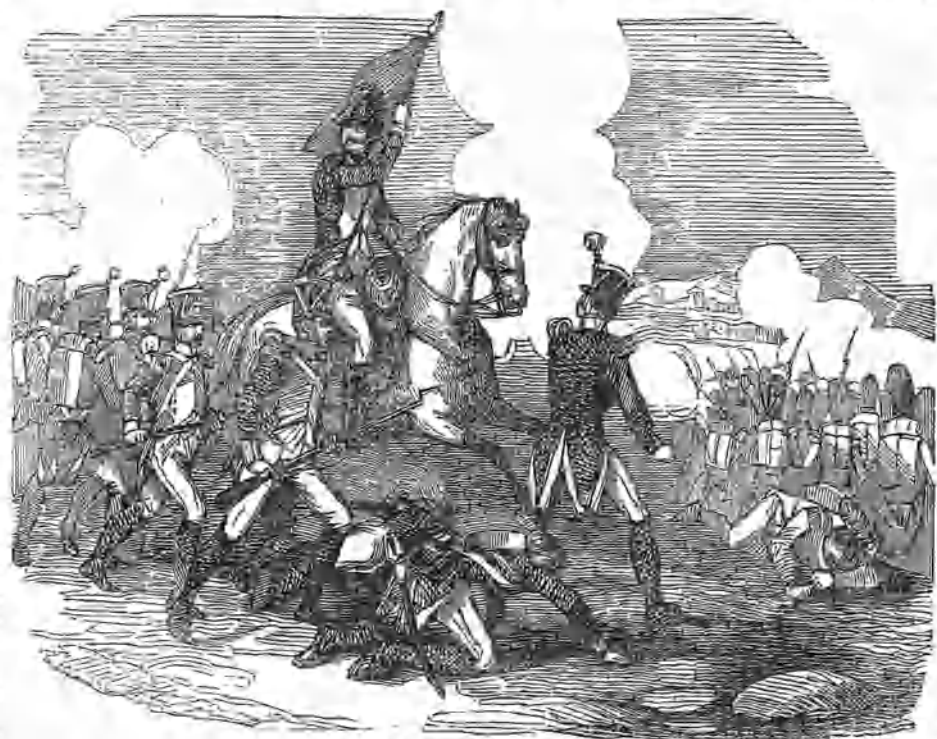
tes medidas que había adoptado para mantener la pública tranquilidad. De unajeada midió el espacio que lo separaba de la ciudad y ya le precipita resoluto en medio de todos los enemigos anhelando morir como mueren los valientes, cuando se sintió

detenido por una mano delicada que temblaba al estrechar su brazo.

(Concluirá.)



Batalla de Talavera.



Batalla de Vittoria.